

Iba vigiando por todas partes, y al subir una loma divisó una partida de enemigos que seguian el mismo rumbo, aunque ellos no lo vieron, y aligerando el paso cuanto pudo, llegó á un parage en que estaba un hombre, llamado Chichimoltzin, con su muger, nombrada Cozcateotzin, cosechando chian. Es esta una planta que crece á media vara de alto, y produce una semilla muy menuda, semejante á la que los españoles llaman zaragatona; hacian mucho uso de ella estos naturales, porque sacaban cantidad de aceite, y le sacan en el dia de hoy, que les servia para sus pinturas; preparaban con ella diferentes bebidas, ó cruda, ó tostándola, ó reduciéndola á polvos sola ó mezclada con otras cosas, ya para alimento, ya para refrigerio, por ser muy fresca. Al presente solo se usa cruda, echándola en agua, donde se esponja y despide por toda su circunferencia una sustancia mucilaginosa, que espeza el agua, y con el dulce proporcionado de azucar ó miel es grata al paladar, y se usa mucho para refrescar en el tiempo de calor. Estaban, pues, estos labradores segando chian, al tiempo que llegó el príncipe, y les dijo que venian tras él no muy léjos los tecpanecas á matarle, y no sabia que hacer para escapar la vida; ellos entónces le dijeron que se echase en tierra, y arrojando sobre él una crecida porcion de manojos de chian, le cubrieron con ella.

Llegaron á poco rato los enemigos, y les preguntaron si habia pasado por allí ó habian visto á Nezahualcoyotl á lo que respondió prontamente la muger: „Si señores, rato ha que le vimos pasar muy apresurado, y á lo que entiendo va por el camino de Hue-xotla; si le quereis alcanzar, es menester que os deis

„prisa, porque él iba muy veloz.” Con esto marcharon luego los enemigos en su demanda por el camino que Coscateotzin les señaló, con tanta prisa, que á poco tiempo se perdieron ya de vista, y entónces saliendo el príncipe de debajo de los manojos de chian, dió las gracias á sus bienhechores, prometiéndoles la recompensa si el Dios Criador le concedia volver á recobrar su imperio; y sin embargo de haberse ya puesto el sol, caminó para el bosque de Tecutzinco á esperar allí á sus amigos y criados.

Este dia de la fuga de Nezahualcoyotl le señalan los indios en sus mapas con el símbolo de la *lagartija* en el número primero; y segun el cómputo que voy siguiendo, fué el dia veinte y tres del mes de julio de 1427.

---

#### CAPITULO XLVIII.

*Continúa su fuga el príncipe Nezahualcoyotl por caminos extraviados en que le asaltan varios peligros, de que le liberta la fidelidad y amor de sus vasallos, ocultándolo, y exponiendo sus vidas por libertar la suya.*

No tardó Maxtla en saber todo el suceso, y la fuga de Nezahualcoyotl, porque sus capitanes tuvieron buen cuidado de avisarle prontamente de todo. El entónces, lleno de enojo y rabia, viendo que se le escapaba de las manos la presa, echó todo el resto de su furia, y mandó luego y sin dilacion publicar un bando en su corte y en todos los lugares comarcanos, en Tezcoco y sus contornos, por el cual declaraba traidor al



que amparase ó favoreciese á Nezahualcoyotl, ó sabiendo donde estaba no lo denunciase, imponiendo crueles penas á los transgresores, y al mismo tiempo ofrecia al que le entregase vivo ó muerto, si era noble, darle tierras y vasallos, y hacerle tecuhtli, y si era soltero casarlo cón señora de la casa real; si era plebeyo hacerle noble, darle tierras y vasallos, y si era soltero casarle con señora noble y hermosa.

Publicóse luego el bando, y la codicia del premio armó al punto innumerables enemigos, que persiguiesen al príncipe, aun de aquellos mismos que ántes se habian mostrado parciales y afectos, y derramándose por toda la tierra, le buscaban con ansia por todas partes.

Los señores, criados y caballeros que el príncipe mandó le siguiesen, cumplieron luego su orden, y tomando diversas veredas se encaminaron al bosque de Tecutzinco, en donde les dijo que les esperaria. Algunos dieron en manos de los enemigos, y conocidos por parciales, amigos, ó criados del príncipe, perecieron á sus manos. Entre los que le siguieron, el primero á quien encontró fué á un criado suyo, llamado Huitziltetzin, al entrar ya en el bosque de Tecutzinco, al cual le mandó que volviese sin dilacion á Ostoticpac, que era un barrio de la ciudad de Tezcoco, en donde vivia el caballero Huitzilihuitzin, y le dijese de su parte que viniese luego aquella noche á verle á Tecutzinco, para tratar con él lo que le convenia ejecutar. Obedeció prontamente Huitziltetzin, y extraviando veredas llegó en breve tiempo á Ostoticpac, y dando á Huitzilihuitzin el mensaje de su señor, partió este sin dilacion á cumplir su orden.

Entretanto fueron llegando los caballeros y criados que escaparon de los enemigos, y cerca de la media noche llegaron Huitzilihuitzin y Huitziltetzin. Consultó el príncipe con ellos sobre el estado presente de las casas, y determinó que Huitzilihuitzin se volviese á Tezcoco, para que inquiriendo con sagacidad todos los movimientos de Maxtla, le avisase continuamente con los mensajeros fieles que tenia de todo lo que ocurriese. Que el infante Quauhtlehuanitzin se quedase tambien en Tezcoco, para ir recogiendo y preparando toda la gente parcial y amiga de aquella corte y sus contornos, y tenerla pronta, aunque con gran sigilo y cautela, para cuando se le avisase. Que el señor de Cohuatepec y el de Huexotla, y los demas caballeros de aquellas ciudades, y los de la de Cohuatlican, se restituyesen á sus capitales, para juntar y tener pronta su gente, con la misma cautela y sigilo. Que Xolotecuhtli, uno de los caballeros que allí estaban, partiese muy de madrugada á Chalco, y hablase con Totzintecuhtli, señor de toda aquella provincia, para que en virtud de la promesa que habia hecho al príncipe de darle socorro, aprontase la gente, y procurase irse acercando á Cohuatlican, para unirse con los parciales que tenia en esta provincia y ocultamente seguian su partido, contra Quetzalmaquistli señor de ella, y entrar conquistando esta capital en que por el motivo de haberla hecho el tirano cabecera y caja para la recaudacion de los tributos, era en ella muy crecido el número de teapanecas. Que Tlatoltzin, otro de los caballeros que allí estaban, fuese á verse con Cohuatlitlatzin y Motoliniazin, señores de dos grandes poblaciones del mismo reino de Cohuatlican, y les apercibiese para que apron-



tasen su tropa, y que así Tlatoltzin como Xolotecuhli, cumplida su comision, volviesen á dar razon al príncipe; y que los demas caballeros y criados le siguiesen y acompañasen. Mandó á uno de sus criados llamado Mitl que fuese delante, previniéndole de comer en los parages que le pareciese ser mas á propósito y mas seguros, y asimismo donde poderse recoger de noche; y porque no podia alojarse en los poblados, sino en los montes y campos, mandó que algunos villanos y gente ordinaria, que habia ido tambien en su seguimiento y se le habia juntado allí, fuesen con Mitl para que formasen chozas y enramadas en que ponerse al abrigo de noche. A otros dos criados suyos, llamados Colicatl y Calmimilolcatl, mandó que fuesen delante de él en alguna distancia, batiendo y descubriendo el camino, y si divisasen alguna gente enemiga, hiciesen señal, y lo mismo hiciese Huitziltetzin, á quien mandó fuese de retaguardia en alguna distancia. Dispuestas de esta suerte las cosas, se echó en el suelo á descansar un poco el corto tiempo que restaba de noche.

Poco reposó Mitl, que á poco rato partió con los villanos á cumplir con su encargo de prevenir hospedage á su señor. Los demas caballeros partieron igualmente á sus destinos ántes de amanecer, y el príncipe, con los que le acompañaban, siguió su camino por veredas extraviadas. Al pasar cerca de un lugar pequeño llamado Matlaometepc, ó Matlallan como le nombran otros, de que era señor un caballero llamado Teixpantzin, que le era muy afecto, sabiendo por Mitl que venia por allí el príncipe, le salió al encuentro, condoliéndose mucho de sus trabajos, y procurando consolarle, y le rogó que entrase á descansar un poco

en el lugar, y aunque al principio lo rehusaba el príncipe, hubo de condescender á las súplicas de Teixpantzin, quien le regaló muy bien, y le ofreció estar pronto con toda la gente de aquel lugar para auxiliarle cuando se lo ordenase.

Pasó adelante, y al acercarse á otro pueblo llamado Zacaxochitlan, le salió al camino otro caballero llamado Toleca, con repuesto de comida; y por ser la hora proporcionada hizo allí alto el príncipe con su gente, y comieron. Dióle las gracias á Toleca, continuó su viaje hasta un lugar llamado *Pinolco* donde le habian prevenido alojamiento para pasar la noche. Era señor de este lugar un caballero otomite, llamado Quaco, que habia sido page de la emperatriz madre del príncipe; amábale tiernamente, y así luego que supo por Mitl que iba aquella noche á alojarse allí, no permitió que fuese en el campo, sino que en su casa le previno el aposento, y cuanto pudo prontamente disponer para su regalo. Recibióle con mucho afecto, pero tambien con muchas lágrimas, doliéndose de sus trabajos; y para que pudiese estar seguro, hizo salir por todos los caminos diferentes espías, que vigiando por todas partes, viniesen á dar aviso con prontitud, si descubriesen alguna tropa enemiga. Al mismo tiempo juntó en su casa un buen número de gente, á quienes mandó que trajesen sus armas, y las arrimasen á los lados de un gran patio que habia en la casa, por lo que pudiese ocurrir, y ellos se mantuviesen en vela; y para divertir el sueño se entretuviesen en bailar, para cuyo efecto hizo poner en medio del patio uno de sus instrumentos músicos llamado tlapahuehuetl que era á manera de un gran tambor; formábanle de un grueso tronco de árbol



enucándolo por dentro; poníanle solo un parche por un lado, dejándole descubierto por el otro, y en este le hacían del mismo tronco sus pies para posarlo en el suelo, quedando tres ó cuatro dedos levantado de él. Las baquetas eran gruesas, y por la parte que herían en el parche estaban cubiertas de cantidad de trapos, que formaban una bola.

Dispuestas de esta suerte las cosas por Quacoz, hizo servir al príncipe y á su comitiva una abundante cena, y acabada esta salieron todos al patio á divertirse un rato con ver bailar aquella gente. Era ya bien entrada la noche cuando llegaron algunas espías, avisando que venía para el lugar, y estaba ya cerca de él un grueso de tropa de los tecpanecas. Estos, derramados por todas partes, no dejaron piedra por mover para lograr la prision ó muerte del príncipe, y alcanzar los premios prometidos, y por su buena diligencia habían conseguido noticias ciertas del rumbo que llevaba, y que venía á hacer noche á Pinolco, y siguiéndole los pasos, estaban ya muy cerca del lugar. No se turbó Quacoz con la noticia, ántes se alegró al oirla, porque concibió desde luego hacer un hecho famoso en favor de su señor. Hizo, pues, que el príncipe prontamente se metiese debajo del tlapahuehuetl en cuyo hueco cabía muy cómodamente, y ordenó á la gente que tomase sus armas y prosiguiese su baile, pronta á ejecutar lo que le ordenase.

Así lo hicieron y continuaron su baile con gran disimulo. Llegaron los tecpanecas de tropel, y como que venían á tiro hecho, y con noticia cierta de estar allí el príncipe, preguntaron con denuedo ¿dónde está el príncipe Nezahualcoyotl? A que respondió Quacoz, muy

sobre sí, fingiéndose hombre del campo, y que ni los conocía á ellos ni al príncipe: „¿Qué príncipe es este que buskais? ¿Acaso los príncipes viven en los lugares cortos? ¿Por qué no lo vais á buscar á las cortes, ó á las ciudades grandes, que es donde viven esos señores? que aquí solo habitan los pobres labradores y serranos; y si pensáis que con este pretexto nos habeis de robar, y para ello venis armados, no os valdrá vuestro achaque.” Amigos (dijo á su gente) „á ellos que son ladrones, que nos vienen á robar;” y dando entónces sobre ellos, no solo la gente del baile, sino otros muchos del lugar, que prontamente acudieron á las voces de Quacoz, y los suyos que gritaban *ladrones, ladrones*, hicieron en ellos notable estrago, matando algunos, hiriendo á muchos, y haciéndolos huir y abandonar la empresa.

Volvió Quacoz á su casa, y sacó al príncipe de debajo del tlapahuehuetl; dióle cuenta de todo, y le pidió que se recogiese un poco sin cuidado, porque toda la gente estaba alerta para defenderle, si intentaban segundo avance. Dióle el príncipe muchas gracias, é hizo muchas ofertas de recompensar sus buenos servicios, si el Dios Criador le concedía restaurar su reino; y así lo cumplió, porque despues que recobró su imperio le hizo grandes mercedes, dándole cantidad de pueblos y tributarios, y lo casó con una señora parienta suya de la casa real de Tezcoco. Recogióse el príncipe, y entretanto quedó en la casa mucha gente de guardia. Mandó Quacoz á las espías que volviesen á salir por todas partes á reconocer, y avisasen de cualquier novedad, y envió á otros al monte, para que en cierto parage de él, en lo mas fragoso, formasen una



choza en que pudiese alojarse el príncipe con su gente.

Luego que fué dia llamó Quacoç al príncipe, y le dijo: „Señor, no conviene que sigas ahora tu viaje, ni „ tampoco que te mantengas aquí, porque pueden vol- „ ver los enemigos con mas gente, irritados del suceso „ pasado, y no podrémos tal vez salvarte, si como hubo „ traidor que les dió la noticia de que te habias alojado en „ mi casa, hay otro que les asegure que te mantienes en „ ella, ó que diga el camino que sigues; y así me pare- „ ce conveniente que te retires al monte, en cuya espe- „ sura te tengo ya prevenida una choza capaz, en que „ puedas alojarte con los criados que te siguen, sin que „ lo sepan otros mas que la gente de mi confianza que „ la han fabricado, y estos te llevarán allí lo necesario, „ hasta que nos asegurémos por las noticias que trai- „ gan las espías de no haber enemigos que puedan se- „ guirte.”

Condescendió en ello el príncipe, y se retiró con los suyos al monte, acompañándole Quacoç. Caminaba confuso y pensativo, y Quacoç, procurando consolarle, le preguntó ¿qué causa tenia para tanta confusion? á que respondió, que con lo precipitado de su fuga no se habia acordado de dar alguna providencia de salvar á sus damas, y no sabia qué habria sido de ellas, si habrian huido, ó sus enemigos habrian vengado en ellas su enojo. „No te aflijas señor (le dijo Quacoç) que ma- „ ñana tendrás puntual noticia de todo: yo mismo iré „ á Tezcoco disfrazado, me informaré de ello, y si es- „ tuvieren vivas te las traheré aquí, y al mismo tiempo „ exploraré la tierra, y te traheré puntual noticia de to- „ do lo que ocurra.” Volvióse luego á Pinolco, y disfrazado para no ser conocido, partió sin dilacion á Tez-

coco, donde habiendo llegado se fué en derechura al palacio de Cilán, y halló en él á las damas y á los criados que habia dejado el príncipe sin novedad alguna, porque los enemigos, empeñados en buscarle á él, no habian hecho caso de las damas y criados, ni les habian incomodado en nada. Descubrióse, así con ellas como con ellos (que muchos de estos le conocian), y les dijo el fin de su venida. Informóse de todo, y previno á las damas que traia orden de llevarlas consigo, y para ello les dijo que de su ropa y alhajas hiciesen prontamente unos fardillos ó envoltorios, los que hizo que cargaran algunos de los criados inferiores, y marcharon por delante, y él siguió despues convoyando á las damas, dejando muy encargado á los criados que quedaron que guardasen mucho secreto, sin decir á nadie que él habia estado allí, ni dónde habian ido las damas del príncipe.

El infante Quauhtlehuanitzin, el príncipe Tzontecohuatl, sobrino de Nezahualcoyotl, y otros caballeros y criados suyos, quisieron irse con Quacoç; mas él no consintió que fuesen en su compañía, sino que tomasen distinto camino, y él partió con las damas, á quienes previno que si encontraban alguna gente no hablasen palabra, sino que le dejasen hablar á él, y condescudiesen en cuanto dijese. Caminaron sin encontrar estorbo hasta un parage llamado Olapan, cerca de un cerro nombrado Patlachihucan, donde les alcanzó una partida de tecpanecas, preguntándoles por dónde iba Nezahualcoyotl. Respondió Quacoç, muy sobre sí, y sin mostrar turbacion, en el lenguaje tosco de los otomites serranos, que con facilidad supo fingir, que él no conocia á Nezahualcoyotl, porque toda su



vida se habia mantenido en aquellas serranias, y así ni sabia quien era, ni por donde iba. Preguntado quienes eran aquellas mugeres, respondió que eran suyas, y las llevaba de un lugar á otro pueblecillo de aquella sierra en que vivia. Fingió tan bien su papel, que los enemigos no cayeron en sospecha, y tomando otro camino le dejaron ir libre por el suyo, y llegó felizmente á la choza en que se habia mantenido el príncipe, á quien hizo entrega de sus damas, y le dió cuenta de todo lo acaecido en su jornada, y que en aquellas intermediaciones no habia encontrado enemigos algunos, por lo que le parecia conveniente que á la madrugada del dia siguiente volviese á emprender su jornada. Dióle el príncipe las gracias, é hizole muchas ofertas, muy contento y alegre de ver libres á sus damas, y de tenerlas consigo.

Entre las noticias que adquirió Quacoz en Tezcoco, y de que le dió cuenta al príncipe, una fué de un portentoso suceso, del que dice Alba ser uno de los que tratan con mas especificacion los mapas históricos del imperio chichimeca. Este fué el que, como dejo dicho, la noche que durmió el príncipe en el bosque de Tecutzinco quedó determinado, entre otras cosas, que se volviese á Tezcoco Huitzilihuitzin, para inquirir con sagacidad las determinaciones de Maxtla, y dar aviso al príncipe. Así lo ejecutó Huitzilihuitzin, partiendo al otro dia de madrugada; mas luego que llegó le prendió una partida de tecpanecas que andaba en su busca y le llevó á presencia del gobernador Tlilmatzin, quien le conminó para que declarase donde estaba el príncipe; mas habiendo negado saberlo, le mandó dar tormentos. Diéronselos muy crueles, ligándolo fuertemente con

gruesos cordeles, azotándole, y haciéndole otros martirios; pero ninguno fué bastante á rendir su constancia, ni á moverle á declarar donde estaba su señor, lo que le irritó de suerte al gobernador que le mandó quitar la vida, sacrificándole en el templo del dios Camaxtle, que estaba inmediato á su casa.

Lleváronle luego al templo, y habiéndole subido al alto de él para ejecutar el sacrificio, se levantó de repente un huracan tan terrible, que arrancando muchos árboles, y levantando los techos de algunas casas, arrebató tambien á Huitzilihuitzin de las manos de los sacrificadores, y le llevó volando á un parage de la ciudad bastante apartado de allí, donde se hallaban á la sazón dos hijas suyas, y dejándole caer suavemente y sin recibir daño, ellas le recogieron y ocultaron, y procuraron luego curarle las heridas y golpes que recibió en los tormentos. Así refieren el suceso concordados D. Fernando de Alba, D. Alonso Axayacatl, y otros dos anónimos de los historiadores nacionales, que asientan haberlo sacado de los mapas históricos originales.

La noticia de este portentoso suceso causó en el príncipe igual admiracion y regocijo, infiriendo de él que el cielo estaba de su parte, y el Dios Criador favorecia su causa.

Poco tiempo despues de haber llegado Quacoz llegaron á la choza el infante Quauhtlehuantzin, Tzon-tecohuatl, y los demas caballeros y criados que vinieron por el otro camino, con ánimo de seguir al príncipe en su viaje. Holgóse mucho el príncipe de verlos, y con esto se aumentó considerablemente su comitiva.



## CAPITULO XLIX.

*Continúa el príncipe su viaje hasta el territorio de Huexutzinco, donde le envían á cumplimentar y regalar los señores de allí. Lo mismo ejecutan los de Tlaxcallan, que le avisan tenerle prevenido alojamiento fuera de la ciudad, para que no entrase en ella, porque esté mas seguro.*

Al día siguiente de madrugada, que segun la cuenta fué el veinte y seis de julio, salió el príncipe de aquel bosque, y despidiéndose de Quaco, le dijo este que no le acompañaba porque era preciso quedarse en Pínlco, tanto para hacer la desecha, como para poder tener pronta toda su gente al tiempo que le avisase ser necesaria; pero le dió seis hombres de su confianza y nacion otomí, de aquellos mismos que le habian estado asistiendo en la choza, llamados Nolin, Nochcoani, Coatl, Tlatolin, Toto, y Xochtonal, para que como prácticos en aquellas serranías le guiasen por veredas extraviadas, y en los parages donde hubiese de hacer noche le formasen chozas y enramadas. Partió, pues, el príncipe acompañado solamente de Quauhtlehuanitzin y Tzontecohuatl; los demas iban cada uno por su lado, unos delante, otros detras, y del mismo modo las mugeres, sirviendo todos de espías, para poder avisar al príncipe, si divisasen algunos enemigos.

Caminó todo el día por varios lugares de la provincia de Tezcoco que estaban á su devocion, previniéndoles que estuviesen apercebidos para ayudarle cuando les avisase. Los historiadores hacen particular mencion

del recibimiento que le hicieron unas señoras en un pueblo nombrado Tlatlapanaloyan, las cuales le regalaron mucho, y á toda su comitiva. Continuó su jornada en el mismo órden, y aunque todos los que le seguian iban esparcidos, al llegar cerca de otro pueblo nombrado Tlecuilac se reunieron, y volviendo el rostro el príncipe, viendo la mucha gente que iba en su seguimiento, se contristó, considerando por una parte que este gran concurso le impedía seguir su fuga con aquel sigilo y cautela que convenia, poniéndole en peligro de ser mas facilmente descubierto y alcanzado de sus enemigos, y por otra la fidelidad y amor con que aquellas gentes nobles, plebeyas, y de todas esferas habian abandonado sus casas, familias y haciendas, exponiendo sus propias vidas por seguirle; y así, volviéndose á ellos con un semblante entre compasivo y displicente, les dijo de esta suerte: „Fieles vasallos „ y amigos ¡á donde vais? ¡A qué padre seguís, que „ os ampare y defienda? ¡No me veis ir fugitivo y afligido por montañas y desiertos, siguiendo las veredas „ de los venados y las sendas de los conejos, para ocultarme á la furia de mis enemigos, y que aun con todo „ esto no estoy seguro de que no me alcancen y „ descubran, y me quiten la vida, como la quitaron á „ mi padre, que era mas poderoso que yo? ¡No me „ veis huérfano y perseguido, sin saber si seré bien „ recibido de aquellos cuyo auxilio voy á implorar, ó „ si por complacer al tirano, ó no caer en su desgracia „ conspirarán á mi ruina? ¡A dónde, pues, vais? ¡Cuál „ es vuestro designio, cuando ni yo puedo ampararos, „ ni vosotros podeis defenderme? Volveos, volveos á „ vuestras casas, donde habeis dejado desamparadas



„ vuestras familias y haciendas; volveos á cuidar de  
 „ ellas; que si el Dios Todopoderoso me ayuda pa-  
 „ ra poder recobrar mi imperio, allí me servirá mas  
 „ vuestra fidelidad, que no en venir á morir conmigo  
 „ en estos desiertos.”

Oyendo este razonamiento aquel concurso, respondieron todos á una voz que habian salido de sus casas con la firme resolucion de acompañarle y seguirle, hasta morir con él, sin que les amedrentasen las amenazas del tirano, ni la pérdida de sus casas y haciendas, y aun de sus propias vidas, que de buena gana les abandonaban por seguirle.

No pudo ménos el príncipe que enternecerse al oírles, y con aquella natural afabilidad, discrecion y dulzura de que le dotó el cielo, les agradeció su lealtad y amor, y haciéndoles conocer los inconvenientes que podian resultar de que le siguiese tanta gente, y que en vez de serle provechoso pudiera serle perjudicial, les persuadió á que se volviesen á sus casas, y ellos se rindieron á ejecutarlo así, quedando solo con el príncipe aquellos que le parecieron necesarios para su asistencia; y para que mas facilmente se redujesen á ejecutarlo ordenó á su hermano el infante Quauhtlehuanitzin que se volviese á Tezcoco, como lo ejecutó y con él los demas. De este modo desembarazado, continuó su caminata y llegó á hacer noche en el pueblo de Tecpan. Estando allí llegaron unos embajadores de la ciudad de Chollolan, cuyos sacerdotes, que eran los señores, habiendo sabido la persecucion que padecia, los despacharon luego para que avanzándose hasta donde pudieran encontrar al príncipe le ofrecieran su ciudad, para efugiarse en ella, ínterin se juntaban las

tropas de los aliados para marchar contra sus enemigos y recobrar su imperio; y por lo que tocaba á su ciudad y provincia, estaban ya prontos todos y armados para ayudarle.

Grande fué el gozo del príncipe al oír esta embajada, y acariciando mucho á los enviados procuró manifestarles su contento en su respuesta á los señores de Chollolan, manifestándoles su gratitud y reconocimiento; mas escusose de ir allá, así por la distancia, como porque le era preciso llegar á la provincia de Tlaxcallan y á otras partes á recolectar los socorros que le habian ofrecido. Con esto se despidieron los embajadores, y él siguió al otro dia su camino á la sierra de Huilotepec donde durmió esta noche. Desde aquí le pareció conveniente enviar una embajada á los señores de Huexutzinco, haciéndoles saber como se hallaba allí para que le diesen auxilio, para cuyo efecto nombró á dos caballeros de los que le acompañaban llamados Coyohua y Teotzincatl, y habiendo dormido en esta sierra, continuó al dia siguiente su marcha.

En el camino divisaron una partida de tecpanecas, que habian corrido las provincias de Tlaxcallan y Huexutzinco en busca del príncipe, y no habiéndole hallado, se volvian á Azcapuzalco. Luego que los divisaron procuraron el príncipe y los que le acompañaban ocultarse entre una espesa multitud de matas grandes de sauco que habia á las orillas del camino, y al acercarse los tecpanecas al sitio donde estaba oculto el príncipe, encontraron con un hombre ordinario que iba de vuelta encontrada cargado de manojos de chian, y le preguntaron si habia visto por allí al príncipe Nezahualcoyotl, á que él respondió que no, ni le cono-



cia. „Pues si acaso lo vieres, le dijeron, danos noticia y lograrás los premios y mercedes que estan prometidos á los que lo descubran,” y les refirieron cuales eran. Bien está, respondió el mancebo, y continuó su camino. Oyólo todo el príncipe, y cuando se alejaron de allí los tecpanecas salió de donde estaba oculto, y fué á alcanzar al mozo que llevaba la chian, y le preguntó qué era lo que le habian dicho aquellos soldados. Refirióselo el mozo, y el príncipe le dijo: „¿Y si vieras, y conocieras á este príncipe que buscan, lo denunciarías?” á que respondió que no haria tal. „¿Pues qué, replicó el príncipe, son de perder una muger hermosa y tantas mercedes?” á que el mozo respondió riéndose: „nada de eso me sirve, que por acá mas aprecio hacemos de la fidelidad á nuestro legítimo soberano que de todas estas mercedes,” y continuó su camino hácia Yahualican. Esta respuesta fué para el príncipe de mucho consuelo, y le hizo concebir mayores esperanzas de lograr su designio.

Hizo alto el príncipe en aquellos llanos á donde Mitl le tenia prevenida la comida, y habiendo descansado un poco siguió su viaje por la sierra de los tepahuas, donde durmió aquella noche. Los serranos de aquellos contornos supieron luego su venida, y fueron á ofrecérsele, llevándole mucha prevencion de bastimentos.

Siguió su jornada al otro dia hasta el pueblo de Quiauhtepec sin particular acaecimiento, á donde llegaron los mensajeros que habia enviado á Huexutzinco, y tras ellos dos embajadores de los señores Xayacamachan y Temayahuatzin, que lo eran de aquella provincia, reiterando sus ofertas con muchas expresiones de

buena amistad, asegurándole que estaba pronto el socorro para el dia que lo pidiese. Lleváronle los embajadores de parte de sus señores un regalo compuesto de mantas finas, plumas, y mucha provision de bastimentos. Correspondió el príncipe á la embajada con todas aquellas expresiones de gratitud que eran debidas, y los embajadores cumplida su comision se despidieron.

Al dia siguiente continuó el príncipe su marcha, y al llegar á un lugar llamado Tlalnepanolco, que era ya sujeto á la provincia de Tlaxcallan, y el primero de su territorio por aquella parte, halló que le estaba esperando un principal caballero y capitán famoso, llamado Ixtlotzin, enviado por los señores de Tlaxcallan, para que le cumplimentase, dándole la bien venida de su parte, y asegurándole de su buena amistad, y que tenian ya pronto el socorro con que habian de auxiliarse; pero que le habian aprontado con mucho sigilo y recato, porque no llegasen á penetrarlo los tecpanecas, quienes recelosos de aquellos señores favorecian los intentos del príncipe y le encubrian en su capital, habian enviado á ella mucha tropa que le buscase, y andaban disfrazados por todas partes, para lograr su prision, por lo que tenian por conveniente que no entrase en la ciudad de Tlaxcallan, sino que el mismo embajador lo condujese á un campo inmediato fuera de poblado, donde ya le tenia prevenidas y dispuestas unas casas de carrizos y enramadas, capaces y cómodas, donde pudiesen alojarse, y donde estaria servido y proveído de todo lo necesario, entretanto que se juntasen las tropas con que habian de auxiliarse. Presentóle tambien el embajador de parte de estos señores un cuantioso regalo de muchas y finas mantas, plumas



y otros adornos, y mucha cantidad de comestibles.

Agradeció mucho el príncipe el obsequio, y respondió al embajador con las afables expresiones de gratitud que eran debidas á la buena amistad y fiel correspondencia de sus señores. Sirviéronle de comer allí con mucha esplendidez, y á la tarde le condujo el embajador al alojamiento que le tenia dispuesto.

---

### CAPITULO L.

*Eligen los mejicanos por rey á Itzcohuatl, hermano bastardo del antecesor, y no lo aprueba el emperador, quien quiere reducirlos á rigoroso vasallage, quitándoles los reyes. Conférese en el senado lo que se deba hacer: prevalece el dictámen de los jóvenes contra el de los ancianos, y se resuelve la guerra, que se le declara solemnemente al emperador. A ejemplo de los mejicanos eligen rey los tlátelolcas á Quauhlatohuatzin al que tambien desaprueba el emperador. Unense los dos reyes á la defensa, y el emperador sitia las dos ciudades por agua.*

Antes de pasar adelante en la relacion de los sucesos de Nezahualcoyotl es preciso dar noticia de los que al mismo tiempo ocurrieron en Méjico.

Grande fué la consternacion que causó en los mejicanos y tlátelolcas la muerte de sus reyes; y fué tanto el terror y espanto que concibieron del tirano Maxtla, que no solo no se atrevieron á moverse contra él, pero ni aun á hablar sobre el punto de elegir nuevos reyes, considerándose enteramente subyugados al tirano y esclavos de los tecpanecas.

Por otra parte Maxtla, con la fuga de Nezahualcoyotl, y las noticias que tenia ya de que le favorecian, no solo los príncipes de la otra banda de los montes, sino muchos de los de montes adentro, estaba lleno de temores y ocupado su pensamiento en este negocio, todo su anhelo era haberle á las manos vivo ó muerto, para sacudirse de este cuidado.

Viendo, pues, los ancianos que componian el senado mejicano tan ofuscado al emperador en estos negocios, les pareció que esta era la coyuntura favorable para volver sobre sí, y restaurar su libertad eligiendo un nuevo rey.

Juntáronse para esto todos los que lo componian y uno de ellos tomó la voz, exhortando á los demas á no perder el tiempo en inútiles disputas, ni en querer satisfacer cada uno sus propios deseos y pasiones, sino que unidos todos al único fin de mirar por el bien de su república que se hallaba amenazada de una dura servidumbre, y en términos de quedar extinguido su reino, pusiesen los ojos en un caudillo que por su prudencia, conducta y valor pudiese defenderles de los peligros que les amenazaban, y restaurar el antiguo esplendor de la nacion.

No necesitaban los electores de tanto estímulo, porque todos miraban á Izcohuatl con un respeto muy superior. Era hermano bastardo de los reyes anteriores, hijo de Acamapichtli segundo, habido en una esclava suya, aunque de noble stirpe. No era viejo, pero se acercaba á los cincuenta años, y los mejicanos tenian bien experimentada su prudencia, conducta y valor, habiéndose ejercitado desde su juventud en el manejo de las armas, y despues en el mando de las tropas,